

La infidelidad: un laberinto con salida

Reflexiones construidas en el proceso terapéutico

Resumen

Aquí se describen las reflexiones que en espacios terapéuticos construyen las parejas que han experimentado vivencias de infidelidad y los profesionales que acompañan estos procesos de intervención. Un enfoque cualitativo y el interaccionismo simbólico como perspectiva de análisis privilegiaron en esta investigación una lectura de las experiencias de sus actores desde lo micro, lo sociocultural y el mundo de la vida cotidiana, donde la entrevista a profundidad y el grupo focal facilitaron la recolección de la información, enfocándose en las cualidades de sus relatos y la construcción de las reflexiones. Los hallazgos permiten sugerir que las reflexiones de los consultantes y los profesionales sobre la infidelidad se conectan con los mandatos culturales, la experiencia del dolor y la responsabilización, en donde el proceso terapéutico permite comprenderla como una invitación que la relación le hace a sus miembros, para conversar y visibilizar el malestar y la inconformidad, configurándose como oportunidad para reflexionar y enrutarse en un camino de resignificación más esperanzador y nutricio.

Palabras clave: Infidelidad, pareja, reflexión, terapia, afrontamiento.

Infidelity: a maze with an end: Constructed reflections through the therapeutic process

Summary

Objective: to describe the reflections built in therapeutic spaces by couples that have experienced infidelity and the professionals that support these intervention processes. **Methodology:** the qualitative approach and the symbolic interactionism as an analysis perspective gave to this investigation an approach to their actors' experiences going through the micro, sociocultural, and the world of the quotidian, where the profound interview and the focal group facilitated the information gathering, focusing on the qualities of their narratives and the reflection's construction. **Results and conclusion:** the findings allow to suggest that the patients and counselors' reflection on infidelity are connected with cultural mandates, pain experience, and accountability, in which the therapeutic process allows to understand it as an invitation that the relationship does to its members, to talk and make visible the discomfort and the displeasure, becoming in an opportunity to reflect and go through a re-signifying path more hopeful.

Keywords: Infidelity, reflections, therapy, coping.

Cristina María Giraldo Hurtado. Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia, UdeA, Calle 70 N.º 52-21, Medellín, Colombia. Correo: cristinam.giraldo@udea.edu.co. Trabajadora social, especialista en Trabajo Social Familiar, magíster en Terapia de Familia. Candidata doctora en Ciencias de la Educación. Orcid: <http://orcid.org/0000-0003-0975-8216>.

Miguel Hernando Garcés Carvajal. Docente de la Universidad Católica Luis Amigó. Psicólogo, especialista en Trabajo Social Familiar, magíster en Terapia Familiar. E-mail: mhgarces@gmail.com.

Isabel Cristina Posada. Facultad de Salud Pública, Universidad de Antioquia, UdeA, Calle 70 N.º 52-21, Medellín, Colombia. Correo: isabel.posada@udea.edu.co. Psicóloga, magíster en Salud Pública, doctora en Ciencias Sociales, <http://orcid.org/0000-0003-4953-6490>.

La infidelidad: un laberinto con salida

Reflexiones construidas en el proceso terapéutico

Cristina María Giraldo Hurtado
Miguel Hernando Garcés Carvajal
Isabel Cristina Posada

Introducción

Cada vez es más común que las relaciones de pareja se disuelvan por situaciones relacionadas con el quebrantamiento de las reglas implícitas y explícitas de exclusividad que la cultura y la sociedad imponen a las parejas; esta trasgresión se conoce como infidelidad (Espinoza, Correa y Garcia, 2014), y dada su imperiosa frecuencia e inevitable ocurrencia, ha sido objeto de un sinnúmero de investigaciones, así como motivo de reflexiones y sufrimientos para muchas personas; sin embargo, no es sencillo establecer las manifestaciones y elementos que en ella se involucran, dado el sentido y significado de la monogamia como condición fundacional en la vida en pareja.

Las reflexiones descritas en este texto advierten que la infidelidad es una vivencia nombrada y significada por la pareja que la vive, en virtud de sus acuerdos y dinámicas; que las posibilidades de afrontamiento se movilizan cuando la pareja y el terapeuta comprenden el dolor como un camino hacia la reflexión y la resignificación; del mismo modo, que la visibilización de la infidelidad en clave de género posibilita la transformación de las relaciones de poder que naturalizan situaciones lesivas para la relación; finalmente, se reflexiona sobre las

posibilidades de la terapia como opción para reescribir nuevas historias relacionadas con la dimensión erótico-afectiva de las personas.

Método

Este artículo es un producto derivado de un estudio denominado “Los significados que sobre la infidelidad construyen los consultantes del centro de Familia Santa María de la Congregación Mariana de la ciudad de Medellín” —en adelante *CFSM*—. *La metodología cualitativa en esta reflexión favoreció el abordaje de la infidelidad como una realidad subjetiva e intersubjetiva que constituye un objeto legítimo del saber para comprender, desde la interioridad de los miembros de la pareja, las lógicas de pensamiento que guían sus acciones (Galeano, 2004);* y el interaccionismo simbólico (Blumer, 1982) como perspectiva de análisis privilegió la interpretación de los símbolos nacidos de las actividades interactivas entre los actores, permitiendo la derivación de un conjunto de significaciones e interpretaciones que la persona realiza en su relación con las cosas que encuentra, y que se modifican a través del mismo para comprender el sentido subjetivo de sus acciones.

Los instrumentos de recolección de la información fueron la entrevista a profundidad (Hernández, Fernández y Baptista, 2003) y el grupo focal (Gutiérrez Brito, 2011). La entrevista a profundidad fue desarrollada con seis usuarios del *cfsm* que participaron en este estudio, seleccionados mediante el muestreo relacional fluctuante, cuyos criterios de inclusión tuvieron en cuenta que fueran hombres o mujeres mayores de edad y que hubieran tenido un proceso terapéutico con tres consultas o más en el *cfsm*, motivado por un evento de infidelidad; con ellos y ellas se realizó una sesión individual, formalizada a través del consentimiento informado (Galeano, 2004) y cuyo guion se construyó en función de la teoría revisada, los objetivos de la investigación y los intereses de los investigadores, lo cual estableció las categorías que posteriormente se contrastaron con la teoría que sustentó la investigación, dando lugar a un segundo guion que orientó la realización del grupo focal con los profesionales del *cfsm*, quienes se encontraban contractualmente vinculados a esta institución y habían acompañado los procesos terapéuticos de los usuarios participantes en la investigación. Finalmente, los hallazgos obtenidos se presentaron de forma descriptiva con base en el análisis categorial, y no de manera cronológica en su ocurrencia.

Resultados y discusión

Infidelidad: significados que se construyen en pareja

El concepto *infidelidad* tiene su origen en el latín *infidelitas*, el cual está formado por *in*, que significa negación, y *fidelitas*, que refiere a fidelidad (Varela, 2014). Sin embargo, aunque se da por sentado que su significado expresa incumplimiento de la fidelidad, la realidad es que sería muy complejo definir con exactitud lo que en ella se dimensiona, pues son diversos los paradigmas de los cuales se valen los estamentos políticos, culturales y académicos para definirla, haciendo muy compleja la construcción de una idea conciliada.

Pensar la infidelidad en el marco de esta pluralidad convoca a superar la idea de su definición y a privilegiar su comprensión como un fenómeno relacional cargado de significativas connotaciones culturales y sociales en un escenario común: la relación de pareja; esto paradójica e inevitablemente supone tener en cuenta que esta relación es una construcción social, en donde sus miembros tienden a reproducir imaginarios sacralizados y tradicionales frente al ideal de pareja romántica que la cultura le provee y a partir de los cuales construyen el sentido de su vínculo; por esto, ante la ocurrencia de un evento de infidelidad prima la idea de transgresión, y las reacciones inmediatas van desde la disolución del vínculo, pasando por la devastación emocional, hasta la negación de su existencia, lo que configura finalmente posturas inconsistentes al respecto, pues la realidad de la relaciones erótico-afectivas contemporáneas permite inferir que la infidelidad es una práctica universal, milenaria, creciente, al tiempo que mitificada y estimada como una violación al compromiso tácito o explícito de exclusividad sexual con la pareja.

En la investigación de donde se desprende este artículo y como se describió anteriormente, todos los participantes acudieron a terapia de pareja como opción posterior a las abstracciones que generaron las soluciones intentadas y fracasadas en el devenir del afrontamiento tras el descubrimiento de la infidelidad, lo cual se tradujo en una decisión común para algunos y unilateral para otros, pero en general bajo el anhelo de intentar otras posibilidades resolutivas y reparadoras.

Los terapeutas que acompañaron estos procesos y que están posicionados en variados enfoques como el sistémico, el construccionismo, el psicoanálisis y el cognitivo, coincidieron en que las parejas que viven una infidelidad, cuando acuden a terapia lo hacen motivados por el más diáfano deseo de dejar de sentir dolor, el cual es descrito por los consultantes como un sufrimiento que conduce a la confrontación

de la autoestima, de la idea del amor y del estar y ser en pareja, así como del derecho a merecer dignificación o perdón. Sin embargo, aunque llegan buscando un resultado milagroso y rápido, agregan los profesionales que cuando comprenden la dinámica del proceso y crean adherencia a él, tienen más opciones de establecer significados y reflexiones que logran llevarlos a una nueva manera de relacionarse: “Buscar terapia implica comprometerse en adquirir unas estrategias de afrontamiento diferentes; el que consulta tiene la posibilidad de escuchar una orientación más serena y justa direccionada a negociar otras posibilidades” (E7C66L112).¹

Cada pareja que acude a terapia por un episodio de infidelidad trae su propia definición de esta, y a la vez cada una de ellas llega en momentos diversos de tal vivencia: algunas están en plena escalada producto de la sospecha y la negación, otras asisten en el momento más agudo de la crisis y, finalmente, otras están buscando la manera de conciliar y caminar hacia la resolución, que no necesariamente conlleva el reencuentro como pareja; también se admite la disolución del vínculo de una manera menos dolorosa. Al respecto, uno de los terapeutas participantes en el grupo focal expresó: “Hay posibilidades de resignificar la relación, de decir: nos hemos dado cuenta que han pasado un montón de cosas y decidamos para dónde seguimos de manera tranquila [...] y de este modo puede ocurrir también una separación tranquila” (E7C65L111).

Acudir a terapia de pareja para tramitar un episodio de infidelidad, para los participantes es organizar cada una de las experiencias individuales y personales, en las que cada persona comparte su propia representación del mundo, y esto influye en la propia representación de sí mismo, mediante diferentes operaciones internas y externas que definieron su experiencia terapéutica (Ramos, 2013). Es decir, el significado de las experiencias de los seres humanos, en este caso de la infidelidad, se construye con base en las creencias, y estas son entendidas como una correspondencia entre lo interno o subjetivo y lo externo u objetivo (Wainstein, 1997).

El afrontamiento: dolor, reflexión y resignificación

La forma en que se afronta la infidelidad es un proceso que va transformándose a medida que la crisis se va asimilando; no existen procedimientos para hacerlo con calma y sensatez; se destacan en este sentido reacciones iniciales descritas en las conversaciones terapéuticas como una sensación de catástrofe y un choque emocional que destruye la confianza y la seguridad, lo cual se complejiza por la contradicción

1 E: entrevista. C: código. L: línea

que implica la experimentación del dolor y la rabia hacia alguien con quien también hay un profundo vínculo y, en pos de este, un paradójico deseo de permanencia, propiciando en la pareja una vertiginosa danza entre la insoportable angustia, la negación y la esperanza.

Lo anterior convoca a un abordaje terapéutico que en primer lugar se disponga a explorar la forma en que los consultantes están afrontando este evento, cómo lo está viviendo cada uno y en relación con el otro. De esta manera, el profesional a cargo debe procurar una intervención encauzada a la visibilización del panorama en el que se instala la pareja, y orientarla reflexiva y comprensivamente en la elaboración de lo que implicaría para cada uno el reencuentro o la separación, dejando claro que el propósito del sistema terapéutico es el de transformar el presente y, en ese sentido, admitir la renuncia a la relación que tenían anteriormente, si este fuese el caso.

La promoción de la reflexión se convierte en un recurso transversal al proceso y se debe tramitar dándole un lugar concreto dentro de la relación de quienes consultan, entendiendo que la infidelidad podría ser un cuestionamiento a la relación, lo que implica mucho cuidado con las posturas victimizantes. En este estudio se observó que con frecuencia el engañado llega asumido como víctima y su juego inicial es revictimizarse, actuando en la minusvalía para potenciar el cuestionamiento permanente al infiel como ganancia secundaria; el infiel, por su parte, en su afán de desculpabilizarse encuentra en la minimización del acto el alivio a su conciencia: “A veces la terapia le sirve a la persona para seguirse victimizando, o para mantenerse en el mismo ciclo de no cambio” (E7C62L105).

La descripción anterior recrea el juego con el que la mayoría de las parejas llegan a terapia; decantar esta danza es responsabilidad del terapeuta mediante la comprensión de la infidelidad como un síntoma que debe conducir a la visibilización de los patrones relacionales y su potenciación resolutive; por tanto, encontrar el significado de la infidelidad en cada caso es la principal tarea del sistema terapéutico (Cordella, Pacheco, y Ringelin, 2012), y así lo entiende uno de los participantes: “Yo entendí que esta infidelidad no resultó para acabar la relación, sino como una válvula... como un desfogue... para eso, no para acabar la relación” E6C39L102.

Las primeras ideas que surgen en el proceso terapéutico no podrían llamarse propiamente reflexiones; son en esencia la reproducción de los mandatos e imaginarios germinados en la cultura patriarcal en la que se inscriben los entrevistados expuestos a través del lenguaje, estableciendo el eje central de la terapia de pareja y el principal vehículo a través del cual se da sentido a su mundo (Anderson y Gehart, 2006); por tanto, la terapia es un proceso conversacional generador de significados,

y la forma en que las personas piensan y hablan de sus problemas puede contribuir a entraparse o a contemplar nuevas formas de verlos y de solucionarlos.

En esta perspectiva y en la óptica del interaccionismo simbólico, Blumer (1982) señala que los significados son productos sociales que surgen durante la interacción y que los actores sociales son los que interpretan y otorgan el significado a los diferentes fenómenos que enfrentan. De esta manera, las personas seleccionan, organizan, reproducen y transforman los significados en función de sus expectativas y propósitos a través de procesos interpretativos; por lo tanto, en lo que se refiere a la construcción de las reflexiones sobre la infidelidad, estas son mediatizadas por las vivencias que la cultura provee, hoy una cultura flexible, dinámica y líquida (Bauman, 2005).

Las personas han aprendido un lenguaje que es producto de su cultura, y a través de él interactúan en la coincidencia de sus realidades significadas; es decir, el lenguaje es una acción humana mediante la cual se construyen mundos con diversos sentidos (Murcia, Jaimes y Gómez, 2016) en donde la cultura resulta de la interacción humana con la naturaleza y las formas generalizadas de interacción social, incluyendo el conocimiento, la lengua y el sistema de creencias (Traugott, 2007). Lo anterior permite comprender que en los tiempos actuales, cargados de individualismo y carentes de certezas como resultante del tránsito de una modernidad que agitó los absolutos del mundo occidental con la idea del progreso continuo y nos embarcó en una posmodernidad de desencanto y desilusión, las dinámicas relacionales no se pueden leer de manera aislada, y mucho menos en contextos idealizados.

Los testimonios obtenidos en este estudio conducen a pensar que en la actualidad las relaciones de pareja exigen satisfacción inmediata y una experiencia indolora; al tiempo, añoran una relación comprometida, anclada y duradera, donde el placer y el dolor no se encuentren. Al respecto, Bauman (2005) expresa que “las relaciones son las encarnaciones más comunes, intensas y profundas de la ambivalencia”. De ahí que una de las principales reflexiones planteadas en esta investigación es que después de haber vivido un episodio de infidelidad, las personas involucradas replantean sus imaginarios sobre la libertad, la autonomía, el placer y el confort, y exaltan el compromiso como fundamento del amor; vivir en pareja sigue siendo entonces una experiencia deseada por hombres y mujeres, que conecta con la completud y la seguridad, pero a la vez con la incompletud y la vulnerabilidad: “[...] fue algo productivo que cambió y movió mis creencias, mis pensamientos de lo que yo pensaba que era mi comportamiento como hombre y mi desenvolvimiento con mi esposa; eso también me cambió mucho, demasiado, totalmente” (E3C64L127).

La infidelidad y el género: una construcción social

Enlazado al tema de la cultura, podría decirse que la connotación en cuanto al género es un aspecto drásticamente determinante en las posturas que los actores de una infidelidad adoptan; racionalmente, en este tema la cultura ha sido ambigua, ya que se ha naturalizado en el obrar de los hombres y se ha sancionado en el caso de las mujeres.

Históricamente, las mujeres han sido invisibilizadas en los paradigmas de comprensión del mundo como “sujetos”; sin embargo, como “objetos” han sido reconocidas en el contexto de la dominación masculina como “sujetos” del caos y de la lujuria; por tanto, la infidelidad como proceso histórico y social construido en el contexto del patriarcado, propicia alcances diferentes para hombres y mujeres, mediante la creación de mitos y estereotipos que se materializan en la estigmatización de esta como un ser pérfido, tal como lo recrea el siguiente testimonio de uno de los participantes de la investigación: “Yo me atrevería a decir que las mujeres son más infieles. Las mujeres tienden a manejar mejor las cosas, inclusive yo he tenido amigas que me cuentan: nosotras las mujeres nos podemos acostar con los que queremos y ustedes nunca se van a dar cuenta porque sabemos hacer las cosas, somos más inteligentes” (E5C15L33).

Algunas investigaciones (Camacho, 2004; Hernández y Pérez, 2007; Quilez, 2005) han venido refiriendo el incremento en la infidelidad femenina y coinciden en que hombres y mujeres consideran como uno de los principales desencadenantes de la infidelidad femenina el creciente desarrollo que las mujeres han logrado en torno al fortalecimiento de su autoestima, su autoconocimiento, su autovaloración como persona y su autonomía, principalmente en razón de su sexualidad; agrega Andrea Rodo, citada por Patricia Collyer (2012), que la infidelidad femenina no es producto necesariamente de una desgastada relación: puede surgir cuando un “otro” la confirma como mujer, la valida, la ve; esto provoca una mirada hacia sí misma, y la infidelidad termina siendo un asunto con ella misma, con sus deseos, con sus necesidades, necesita verse en otro lugar, y para ello necesita la mirada de otro, lo cual habla de un cambio importante respecto a la conducta de la infidelidad femenina y a la introducción de nuevas lecturas sobre las relaciones de pareja en búsqueda de la equidad entre hombres y mujeres.

Reconocer esta percepción en las reflexiones manifestadas en esta investigación conduce a un paisaje en el cual poco se ha avanzado con relación a los lugares simbólicos que hombres y mujeres ocupan en el patriarcado tradicional; es evidente cómo, en palabras de los entrevistados, se mantiene indistintamente la idea de que

si la mujer es infiel faltó a su virtud, a su moral, a su compromiso; pero si fue engañada, le faltó valía como mujer, y se le cuestiona su capacidad para ser una compañera idónea, para satisfacer las necesidades de su pareja; con esto se observa que sigue vigente la idea de que los hombres son infieles por naturaleza, y que además son víctimas del coqueteo femenino: “Las mujeres son más atrevidas, ya no tienen vergüenza, y eso les pone a los hombres las cosas más fáciles... Ellos son unos cobardes, no saben qué hacer y siempre se dejan llevar por el sexo... las mujeres son muy provocadoras...” (E1C9L30).

Este otro testimonio va en el mismo sentido: “Sí... las mujeres no respetan, se lo dan a cualquiera porque le ven plata sin habérselo pedido” (E1C11L33).

Esta visión de la infidelidad constituye un fenómeno histórico y socialmente construido. En el escenario mundial y desde el ingreso a la civilización, la infidelidad ha constituido una práctica cotidiana; es decir, esta conducta responde al orden genérico existente y a la lógica del contexto sociocultural del patriarcado que impone sanciones concretas o simbólicas para las mujeres y premia en general la infidelidad masculina (Hernandez y Pérez, 2007), postura que en realidad se debe a los procesos y estructuras sociales que se crearon entre hombres y mujeres, normas duales que históricamente han sido utilizadas para permitir y alentar la actividad sexual masculina, mientras la actividad sexual femenina se restringe; por tanto, la infidelidad en las mujeres se percibe como una conducta punible que genera un ataque al honor del hombre (Moya, 2004), lo cual se replica en todas las posibilidades presentes en la cultura para establecer los valores de cara al control.

Severo Catalina (Proverbias, s.f.), periodista y escritor español, dijo que la mujer perdona las infidelidades, pero no las olvida. El hombre olvida las infidelidades, pero no las perdona. Y en Colombia, el famoso cantante vallenato Diomedes Díaz convirtió en éxito musical la canción titulada “La falla fue tuya”:

Yo sé bien que te he sido infiel, pero en el hombre casi no se nota, en cambio es triste que lo haga una mujer, porque pierde valor y muchas cosas [...].

Dios le dijo al hombre: pórtese bien, haga mal pero nunca haga la guerra, muchos no le han querido obedecer por eso en el mundo hay tantos problemas.

Y también le dijo a la mujer, cuide bien del hombre que la quiera, sabe usted que no puede serle infiel, porque pierde mi bendición eterna [...].

Que alce la mano, si existe un hombre que haya tropezado solo con una mujer, no, ninguno lo hace [...]

Sabes bien que no ha sido mi culpa que muriera ese amor tan divino,
sabes bien que la falla fue tuya, no debiste hacer eso conmigo.

Esta es una realidad implacable e irónica; nunca antes en la historia de la humanidad se había logrado con tanto vigor y contundencia poner en las conversaciones públicas y políticas temas como la equidad de género y la emancipación de las mujeres; sin embargo, cada vez son mayores los actos que atentan contra su bienestar y dignificación, sobre todo en el ámbito privado de las relaciones de pareja, donde al parecer la idea de una unión para toda la vida, la influencia del mito mariano y el ideal de la sagrada familia ubican a las mujeres en lugares más vulnerables, en donde muchas se sienten honradas y reproducen el pesado mandato patriarcal de llevar sobre sus actos la responsabilidad de ser la reserva moral de la sociedad.

Lo anterior se devela cuando se piensa en el dolor y la devastación experimentada por los hombres al descubrir que su pareja le fue infiel, así ellos lo hayan sido con anterioridad y con frecuencia, en cuyo caso es muy probable que las consecuencias no hayan sido las mismas que para las mujeres, y que los significados y reflexiones no logren abarcar este cuestionamiento, pues aun en los procesos de terapia a donde se acude para resignificar, se mantiene el imaginario de que las mujeres sostienen y mantienen la unidad familiar.

La terapia como opción para reescribir historias

La relación entre las reflexiones construidas, los mandatos de la cultura y los discursos que han servido de estandarte en las formas de afrontar las crisis, a veces conducen al deseo de no saber: “ojos que no ven, corazón que no siente”. Para los entrevistados, en un principio el no saber les evita el dolor, y así se mantiene la tranquilidad personal; el no saber representa estabilidad y seguridad de esa idea de pareja que habían tejido.

Maturana (2008) plantea que solo hay dos vías para ingresar a la reflexión: por la curiosidad, porque algo lo sorprende y uno se detiene a mirar dónde está, o por la reflexión que deviene del dolor, donde nos duele el vivir. Para evitar el dolor y el sufrimiento que trae consigo la reflexión sobre la verdad de la infidelidad, en algunas parejas parece que es preferible no hablar del asunto, viven mejor sin reflexión, pues en esta postura es probable que se aplice o se enmascare la necesidad de transición o cambio, que se ve caracterizado por la aparición de un evento estresante que pone al descubierto su incapacidad para manejar situaciones específicas con el uso de los ya agotados métodos para resolver sus problemas y enfrentar los retos;

es decir, aparece una crisis, en este caso la infidelidad, que visibiliza la decadencia de estos y las verdaderas grietas que hay en la relación, exigiendo para su permanencia y crecimiento la construcción de nuevas formas de relacionarse: “[...] pero lo que más rabia y dolor me dio es que me hubiera contado... yo estaba tranquila... es que yo no sospechaba...” (E1C31L59).

Evan Imber-Black (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2013) afirma que en el hecho de decir los secretos no hay un bien o un mal, todo depende de las personas, del contexto y la cultura; es decir, a la luz de las implicaciones de un proceso reflexivo, pareciera expresarse que, a costa de evitar el dolor, las personas preferirían marginarse en un mundo sin cuestionamiento.

En este sentido, esta investigación invita a considerar la ocurrencia de la infidelidad como una situación que bien podría albergar la función de develar campos frágiles de la relación, aquellos que no han sido atendidos, y aunque la pareja o algún miembro de ella preferiría mantenerse en el desconocimiento para no sufrir, y de paso evitar la responsabilidad de la reflexión, los verdaderos desencadenantes de este episodio seguirán incubando nuevas y variadas crisis en la relación: “[...] sé que debo llegar a entender que esto que pasó fue bueno para la relación de nosotros, que si no sucedía, que si no pasaba, la relación de nosotros iba a fracasar, de que nunca nos íbamos a dar cuenta de qué era lo que estaba pasando entre nosotros” (E3C58L112).

Retomando a Maturana (2008), las personas llegan a la reflexión por el dolor o por la curiosidad, y en el caso de esta investigación, los participantes después de poner a prueba sus recursos, optaron por la terapia de pareja como estrategia de afrontamiento; sin embargo, la voluntad reflexiva no viene con ellos en el primer encuentro; los terapeutas describen cómo en estos procesos el sistema terapéutico se enfrenta a un devenir incierto, donde las conversaciones con los consultantes les demanda la creación de una hermenéutica particular sobre su historia individual y relacional.

Cada conversación terapéutica es un espacio trascendental en donde los relatos de confusión y dolor de los consultantes son desafiados por los terapeutas con sus preguntas y exploraciones, para que a través de las palabras conjuntamente se produzcan nuevos entendimientos (Garcíandía y Samper, 2012), lo que instala a los consultantes en la construcción de un proceso reflexivo que les permita la consideración de nuevas posibilidades para trascender ese dolor, para no quedarse en él y para construir nuevas alternativas que admitan la opción de vivir una relación con su pareja aun después de ocurrida la infidelidad, la cual deberá ser renovada

ante las nuevas necesidades que este episodio devela: “Yo creo que hay cosas duras que pasan, pero que tienen un fin... no hay mal que por bien no venga, para mí fue eso... yo creo que fue aprender de la relación, con mucho dolor, con un costo muy alto, pero... a veces esto tiene que pasar, a veces los matrimonios necesitan esto” (E6C48L121).

El acontecimiento de una infidelidad no pasa desapercibido en la vida del ser humano, sin importar el rol desde el cual se esté experimentando; esta es una experiencia descrita como un evento profundamente doloroso y traumático, lo cual se comprende si se considera que hoy la fidelidad se concibe como una decisión libre ligada a la duración del amor; por lo tanto, en opinión de los entrevistados, la infidelidad representa hoy más que nunca la principal herida sufrida en la relación, pues lo que este episodio está expresando es que en un ejercicio libre y consciente se está actuando en contra de lo acordado mutuamente, y de manera franca y abierta se está propiciando daño a la otra persona; finalmente lo que queda al descubierto es que el amor está en peligro o ya se acabó, además devela la precariedad de recursos de la pareja en la resolución de sus necesidades, en tanto está planteando que algo dejó de funcionar: “[...] de pronto la falta de entendimiento, de comunicación; a veces es difícil entender qué es lo que la otra persona quiere manifestar o quiere hacerle sentir sobre la inconformidad que hay en la relación, y de pronto es esa pérdida de comunicación y de entendimiento” (E3C19L42).

El proceso de reflexión en el marco de una infidelidad, cuando es tramitada terapéuticamente, en opinión de los participantes y los profesionales tratantes, conduce a la idea de que este espacio no está ligado a la aceptación y naturalización del evento, sino al reconocimiento de una mutua responsabilidad en su ocurrencia y afrontamiento, como resultado del cuestionamiento de las fuerzas culturales que los han moldeado.

Es decir, cuando el proceso terapéutico logra movilizar emociones, reflexiones y transformar significados, es muy probable dimensionar de otra manera la vida en pareja, comprendiendo que la infidelidad visibiliza la realidad del agotamiento en los límites de cada individuo y en su propia evolución, y que si el deseo es continuar creciendo, como lo plantean Garcíandía y Samper (2012), necesitan hacerlo en relación con el otro, en una dimensión que excede su singularidad y que se denomina, para estos efectos, pareja.

Esta postura se acerca a la mutua responsabilización de la crisis que se fue gestando en la mayoría de los casos abordados, facilitando la humanización del vínculo, comprendiendo que muchos de los ideales y las fantasías que lo sostenían eran

improbables de perpetuar en razón de la condición humana y su propio proceso de evolución y cambio; de hecho, el aceptar que el otro no es perfecto y que tampoco representa la garantía eterna de felicidad es uno de los aspectos más dolorosos, sobre todo para el engañado, que con frecuencia replica: “yo nunca esperaré eso de él”, “yo era capaz de poner las manos en el fuego por ella”, y es así como una de las reflexiones más significativas planteadas por los entrevistados pone al descubierto que en esta vivencia lograron concebir que en la fragilidad del otro se puede encontrar la oportunidad de un reencuentro más humano, más ético, más estético, más posible, más propio; el otro, el que generó el dolor, el infiel, también es vulnerable ante las circunstancias en las cuales se ha construido la relación; legitimar al otro en un proceso terapéutico destruye las categorías de infiel-victimario y engañado-víctima y propone la corresponsabilidad como camino para tramitar la sanación de la crisis: “Yo digo que muchas veces una infidelidad puede ayudarlo a uno a comprender muchas cosas en las que no había caído en cuenta; esto puede servir para enriquecer la relación, y no necesariamente tiene que separarse” (E4C75L113).

En el ejercicio de la reflexión habría que resaltar la tendencia de los entrevistados hacia la necesidad de trabajar sobre el perdón como acto necesario en la responsabilización del mutuo dolor con el ánimo de resarcir la culpa y encontrar alivio interior; el perdón, en opinión de los entrevistados, involucra un acto reflexivo que envuelve la aceptación de quién se es y de quién es el otro, de cómo se ha vivido, de qué decisiones se han tomado y cuáles se han omitido, de cuáles son las fuerzas contextuales de las que habría que emanciparse, de qué es lo que humanamente se desea, de qué es lo que se evidencia cuando se usan las capacidades gestadas en su historia, con la intención de continuar aprendiendo y vivenciando a partir del perdón; que la pareja es ser-con, que abre oportunidades de ser en el mundo, lo que logra expresar bellamente Savater (1999): nadie llega a convertirse en humano si está solo: nos hacemos humanos los unos a los otros. Nuestra humanidad nos la han contagiado: “Ahora lo veo como un ser humano, y eso me hubiera podido pasar a mí, en este mundo estamos, somos humanos...” (E4C106L156).

Las reflexiones a las que invita una infidelidad son ricas y a veces contradictorias, dado que se producen desde el binomio emoción-razón; Maturana y Dávila (2003) afirman que la reflexión es un acto de la emoción, es un acto de soltar la certidumbre, en donde la postura de saber deviene con el peligro de negarla, porque en tanto más se sabe, menos necesidad y voluntad de reflexión hay. De esta manera, cuando la pareja se permite la reflexión para conocer, interpretar, analizar o aclarar la infidelidad, e intenta comprender de nuevas formas su historia en la triada pasado-presente-futuro, con la intención de construir conclusiones y significados

más amorosos, sanadores y resolutivos, o también para actuar en relación consigo mismo y con la realidad que le circunda, es evidente entonces que esa reflexión permite vivir el presente y proyectar el futuro de un modo más responsable, así como potenciar el pasado como recurso movilizador; esto es clave dado que una de las principales emociones que vive la pareja cuando enfrenta un episodio de infidelidad es la desesperanza, el rompimiento de los sueños comunes y la sospecha de no ser merecedor de tener una vida erótico-afectiva gratificante y estable.

Así, de forma individual o en pareja, y en su justo momento, después de haber experimentado y entendido la magnitud del acto y del dolor desencadenando, la pareja a través de un juicio crítico y diáfano estará lista para la incorporación de aprendizajes que permitirán tanto al engañado como al infiel interiorizar una idea de futuro construible en una nueva ética relacional consigo mismo y con el otro: “[...] yo no quiero complicarme la vida. Ya quemé la etapa. Estoy dispuesto a volver, a olvidar el pasado” (E5C52L88).

Ahora, esa responsabilidad como consecuencia de la reflexión no está exclusivamente ligada al reconcomiendo del propio fallo; también implica el reconocimiento de las necesidades derivadas de una dignidad expuesta y maltratada que requiere de una acción reparadora por parte de quien infringió el dolor; aunque ambos miembros de la pareja reconozcan sus deficiencias, la reflexión implica que cada persona identifique en su intimidad lo que necesita para continuar, y en un proceso negociado con el otro tramiten la viabilidad y materialización de esas condiciones; esto es necesario para construir un territorio de mutua dignificación y confianza que permita la reconstrucción de una nueva relación, ya sea en el reencuentro de la convivencia o en la opción de la disolución (Baizan, 2009): “Yo siempre lo que he querido saber es la verdad, porque sabiendo qué fue lo que pasó y lo que sucedió, puedo tomar las decisiones a partir de ahí” (E3C42L85); “Si mis creencias, mis valores, mi formación son de ser respetuoso, de ser una persona comprometida, yo pienso que antes de ser infiel uno debe de serle fiel a sus creencias o romper ese nexo que tiene con el compromiso que estableció frente a la otra persona” (E3C53L104).

Las reflexiones antes descritas muestran cómo hoy las parejas se encuentran en un momento de transición de sus representaciones relacionales en el ámbito erótico-afectivo, circulando al mismo tiempo entre las incertidumbres gestadas en discursos líquidos y reproduciendo interacciones ancladas en principios patriarcales que aún siguen señalando en asuntos como este a la mujer.

La frustración e impotencia que genera esta incertidumbre de cara a la devastación que significa emocional y relacionalmente una infidelidad, pareciera ser el principal motivo por el cual acuden a terapia, en donde, según testimonios

compartidos, en la conversación comprensiva se logra dar un lugar al dolor, a la responsabilidad y a la reparación que humanizan el evento y la relación.

Estas construcciones facilitan nuevas concepciones sobre la fidelidad en las relaciones contemporáneas, que como se observó en esta investigación es un valor importante en la formación de la pareja, pero empieza a cuestionarse la sacralidad con la que se ha introyectado; los aprendizajes derivados de esta experiencia conducen a replantearse y negociar el sentido del compromiso de pareja con tendencia a interpretarlo como un acto de lealtad y confianza en el marco de la en-fianza (Moreno, 2005), es decir “el fiarme del otro y el otro de mí”. Ya no se trata de una norma externa basada en la obligatoriedad, sino la configuración de un voto privado que conlleva la decisión de estar con una persona en concreto, alimentar constantemente el amor y el empeño de invertir en la relación, en donde se empieza a hacer conciencia de que la fidelidad no es un estado finito o perpetuo, sino un proceso que lía la opción de ser fiel como principio ontológico.

Las reflexiones anteriores sugieren que la idea de la infidelidad no ha cambiado en cuanto a su definición, pero sí en lo concerniente a la comprensión de este evento; los entrevistados expresaron que continúan considerándola como una agresión directa a una relación de exclusividad, pero han transformado la manera de entenderla, de explicarla y de afrontarla, provocando nuevas miradas y acciones orientadas en su mayoría al análisis de la relación, el cuestionamiento, tanto del infiel como del engañado, motivado por la autorresponsabilización y, finalmente, la instauración del perdón como cierre de este episodio de dolor y confusión, independiente del desencadenamiento del vínculo, o sea, independiente de si la pareja logra mantenerse unida o si termina con su relación.

Conclusiones

La infidelidad es una de las problemáticas que con mayor frecuencia afrontan los usuarios de los servicios de terapia de pareja, cada uno de ellos con una vivencia diversa al respecto, pero con un común reconocimiento de esta como el principal elemento alterador de las dinámicas de pareja, en donde los espacios terapéuticos empiezan a significar la oportunidad de construir explicaciones y definiciones a esta crisis en la vía de la autorresponsabilización y la valoración de la dinámica interaccional, que puede favorecer procesos de afrontamiento más humanos, reparadores y significantes.

El impacto del contexto cultural de la pareja propicia obstáculos relacionales que alteran los recursos para fundar negociaciones y acuerdos, lo que devela que

la infidelidad es una manifestación de la incapacidad entre dos para construir conversacionalmente.

El legado patriarcal en el cual hombres y mujeres se relacionan en condición de subordinación resultó ser uno de los focos con mayor resistencia reflexiva en las mujeres que participaron en este proceso; se notó mayor tendencia a culparse y culpar a su género del origen de la infidelidad vivida, mientras que pareciera que los hombres fueron más adherentes a la idea de gestionar su propia responsabilidad en términos de la historia relacional.

La infidelidad es uno de los tantos síntomas que enfrenta la pareja en crisis, y no puede explicarse desde un punto de vista causalista; es un tema sujeto a polémicas, porque en él confluyen infinidad de valores, actitudes, prejuicios y estereotipos.

En su mayoría, las parejas después de haber vivido la experiencia de la terapia logran construir reflexiones que permiten significar la infidelidad como una oportunidad de reestructuración de la relación en la construcción de la en-fianza, más que como un motivo para la ruptura definitiva.

Las narraciones sobre el dolor al descubrir una infidelidad denotan una emoción desgarradora que, al mediarse por la reflexión que implica la inclusión responsable del otro en una relación de pareja, lleva a resignificar el suceso reconstruyendo el sentido del dolor para convertirlo en evolución del vínculo.

Los significados tradicionales de infidelidad asociados a la exclusividad afectiva y sexual no se han transformado drásticamente; lo que ha cambiado es la posición resolutiva y resiliente ante esta crisis, como producto de reflexiones que conducen al deseo de comprender lo que significa este momento y nutrirse de él.

Referencias bibliográficas

- Anderson, H. y D. Gehart. (2006). *Collaborative Therapy: relationships and conversations that make a difference*. Nueva York, Estados Unidos: Routledge. Recuperado de www.herleneanderson.org
- Baizan, M. de los A. (2009). *Infidelidad: una ruta de salida*. 2.a edición. México: Trillas, 243 p.
- Bauman, Z. (2005). *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Blumer, H. (1982). *El interaccionismo simbólico: perspectiva y método*. Barcelona, España: Hora.
- Camacho, J. M. (2004). *Fidelidad e infidelidad en las relaciones de pareja*. Buenos Aires, Argentina: Dunken.
- Collyer, P. (2012). *Amores inconfesables: la infidelidad desde Eva a internet*. Santiago de Chile: Forja.

- Cordella, P., P. Pacheco, y P. Ringelin. (2012). Práctica psicoterapéutica: infidelidad. *Psiquiatría Universitaria*, 8 (3), 297-303.
- Espinoza Romo, A., F. Correa Romero y L. García. (2014). Percepción social de la infidelidad y estilos de amor en la pareja. *Enseñanza e Investigación en Psicología*, 19(1), 135-147, enero-junio.
- Galeano, E. (2004). *Diseño de proyectos en la investigación cualitativa*. Medellín, Colombia: Eafit.
- Garciandía, J., y J. Samper. (2012). Las infidelidades: aprendiendo desde dentro de las conversaciones terapéuticas. *Revista colombiana de psiquiatría*, 41(3), 496-520.
- Gutiérrez Brito, J. (2011). Grupo de Discusión: ¿prolongación, variación o ruptura con el *focus group*? *Cinta Moebio*, 41, 105-122.
- Hernández Sampieri, R., C. Fernández Collado y P. Baptista Lucio. (2003). *Metodología de la investigación*. España: McGraw-Hill Interamericana.
- Hernández, Y., y V. Pérez. (2007). Un análisis feminista de la infidelidad conyugal. *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 16 (7). ISSN-e 1578-6730.
- Maturana, H., y Dávila, X. (2003). Biología del Tao o el camino del amar. *Philosophica*, 26, 125-144. ISSN-e 0716-1913.
- Maturana, H. (1 de octubre de 2008). Pensamiento Propio: Warnken conversa con Humberto Maturana y Ximena Dávila. (C. Warnken, Entrevistador).
- Maturana, H. (2011). Programa "La belleza de pensar"-Humberto Maturana, 23 de abril. Video recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=ElvGUSpD3rs>
- Moreno Villa, M. (2005). *El hombre como persona*. Madrid, España: Caparrós Editores.
- Moya, M. (2004). Actitudes sexistas y nuevas formas de sexismo. En: Barberá Ester, y Martínez-Benlloch, Isabel (Coords.): *Psicología y género* (pp. 271-294). Madrid, España: Pearson Prentice Hall.
- Murcia, N., Jaimes, S., y Gómez, J. (2016). La práctica social como expresión de humanidad. *Cinta de Moebio*, Universidad de Chile. Obtenido de <https://www.redalyc.org/jatsRepo/101/10148922002/html/index.html>
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. (2013). Reafirmando los derechos de las mujeres sobrevivientes de violencia sexual en situación de conflicto y postconflicto. Recuperado de http://www.gt.undp.org/content/guatemala/es/home/operations/projects/crisis_prevention_and_recovery/1325.html
- Proverbia*. (s.f.). Recuperado el 21 de enero de 2019, de <https://proverbia.net/autor/frases-de-severo-catalina>
- Quilez, P. Q. (2005). *Perspectivas sobre la conyugalidad. Una revisión bibliográfica*. CIDSE, documento de trabajo N.o 107, Universidad del Valle.
- Ramos, G. (2013). Abordaje terapéutico a una pareja de adultos a partir del modelo de Resolución de Problemas de Palo Alto. Universidad de Palermo, Facultad de Ciencias Sociales. Recuperado de: <https://dspace.palermo.edu/dspace/bitstream/handle/10226/1027/Bordon%2C%20Gisselle.pdf?sequence=3&isAllowed=y>
- Savater, F. (1999). *Las preguntas de la vida*. Barcelona, España: Ariel.
- Traugott, S. (2007). Para comprender las relaciones culturales y de género. *Quadernos del Mediterráneo*, 7, 17-22.

Varela, M. (2014). Estudio sobre infidelidad en la pareja: Análisis de contenido de la literatura. *Alternativas en Psicología*, (30), p. 36. Recuperado de <http://www.alternativas.me/attachments/article/54/3%20-%20Estudio%20sobre%20infidelidad%20en%20la%20pareja.pdf>

Wainstein, M. (1997). *Comunicación: un paradigma de la mente*. Buenos Aires, Argentina: Universidad de Buenos Aires.